

**Dirección:** JONÁS TRUEBA

**País:** ESPAÑA

**Duración:** 220 minutos

2007 nitellum  
festival

Con todo en contra  
y en contra de todo.

Yo también soy parte de la generación perdida, como se nos llama. Pero prefiero «generación encontrada» -porque lo tenemos todo en contra-, como la define Candela Recio, una de las protagonistas de *Quién lo impide*, y quien la vertebraba de principio a fin. Pero añado que, además de tenerlo todo en contra, muchas veces también nos hemos puesto en contra de todo. Porque la adolescencia es difícil, convulsa y contradictoria.

Una de las entrevistadas la compara con un agujero negro: «Es como un círculo vicioso: no quiero estar mal, pero a la vez es como que me gusta». Y en otra escena, próxima al final, Candela retoma esa idea de ambivalencia y la reivindica: «¿Tú sabes lo guay que es vivir, lo guay que es sentir la mierda más absoluta que puedas sentir?» Un personaje exterioriza esa contradicción, con medio pelo teñido y medio sin teñir, camisas cosidas por mitades y la cara afeitada a medias.

*Quién lo impide* guarda en sí la esencia de esa etapa vital, que supone el paso a la vida adulta. En la niñez tomamos conciencia de nuestra individualidad, pero en la adolescencia comprendemos que formamos parte de una colectividad. Una época llena de primeras veces: la primera vez que nos enamoramos, que salimos, que viajamos sin padres...

Pese a que se niegue como tal, la película de casi cuatro horas de Jonás Trueba es un retrato de esta generación encontrada. Como si fuera un adolescente, el film es contradictorio e imprevisible: se van creando ecos entre sus distintas partes. Conforme pasan los minutos -años para los protagonistas-, se va reinventando, toma nuevos caminos. Y me hace sentir como un chaval que echa la tarde con su grupo de amigos. El rato pasa sin más, estando. Y revivo mi propia adolescencia. En la sala de cine, mi sensación es la que tienen Candela y Silvio cuando van a la Filmoteca a ver *Fragil como o mundo*. Se enamoran por primera vez -Candela y Silvio, pero también los protagonistas de la película de Rita Azevedo-, viven el cine casi por primera vez. Trueba declara aquí su cinefilia, como hacía Erice en la escena de *El espíritu de la colmena* en la que Ana va al cine. Incluso la planificación es parecida a la que utiliza Erice: esos primeros planos de Candela y Silvio recuerdan a la cara de asombro de Ana Torrent cuando ve *Frankenstein*. Pero, a diferencia de Ana, que permanece con los ojos clavados en la pantalla, Candela y Silvio no pueden evitar mirarse el uno al otro. En lugar de una niña inocente, son dos adolescentes enamorados.



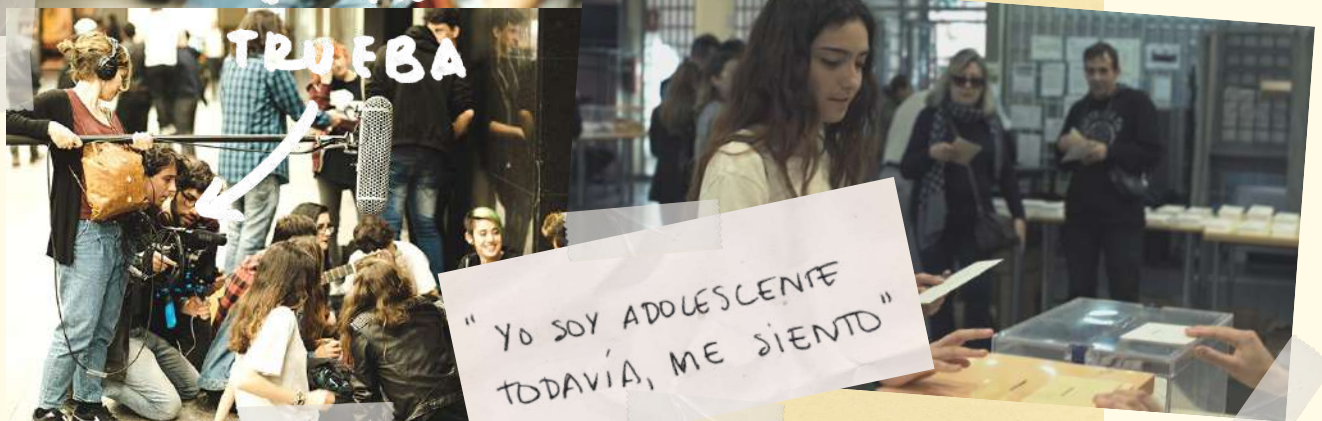
EL ESPÍRITU DE LA COLMENA



QUIÉN LO IMPIDE



Ese carácter metacinematográfico y autoconsciente queda patente desde el planteamiento del film. Jonás Trueba es un extraño que se cuela en la vida de estos jóvenes -confiesa que se siente como uno- y, aunque *a priori* podría ser de los que nos definen como generación perdida, no se rinde y sale con su cámara en nuestra búsqueda. Y nos encuentra. Trueba dice que los adolescentes tienen intuiciones que «permiten volver a hablar de lo que verdaderamente nos importa de una manera más directa y esencial». Por eso deja que sean ellos los que escriban su propia película y se interpreten a sí mismos.



Trueba también tiene una intuición tras rodar *La reconquista*, en la que Candela Recio y Pablo Hoyos interpretan a los protagonistas como adolescentes. Ellos le inspiran la necesidad de indagar en su realidad. Y para eso, hace una inmersión en sus vidas. Cámara en mano, el acercamiento del cineasta a los chavales es total. Y la generosidad de estos últimos también. El cineasta huye de toda espectacularidad y confía en lo que le brinda la realidad, que trata con respeto y delicadeza. Adquiere tal compromiso con estos adolescentes que convierte el propósito de hacer esta película en una aspiración ética. Y así, halla, en las imágenes más pequeñas y cotidianas, una gran verdad. El plano en el que las manos de Pablo y Rony se rozan en el autobús de vuelta de su viaje de fin de curso. Es un pequeño gesto. No hace falta más.

El director se hace cargo de lo que piden sus protagonistas. Primero le sugieren que el mundo interior de los personajes se podría plasmar en voz en off. Y Trueba emplea la voz en off como recurso narrativo recurrente. Finalmente, el alcance de la madurez se da en el momento en que van a votar por primera vez. No plantea un conflicto melodramático, característico de tantos *coming of age*, sino que extrae ese paso a la etapa adulta de la vida «normal y sin tanto drama», como exigen los chavales al inicio. Y aquí se confirma que Trueba ha sido fiel al compromiso adquirido con la realidad de estos chicos. Pero habría sido imposible llegar a esta escena y que resultase reveladora sin antes haber revivido el primer amor con Candela y Silvio en *Capricho extremeño*, o la amistad en *Si vamos 28, volvemos 28*.

Ese acto de votar implica una mirada a futuro que está presente en todo el metraje. Al contrario que *Huellas*, una vuelta a los orígenes desde la maternidad, los adolescentes miran hacia adelante. No tienen tiempo que perder pensando en volver. Están demasiado ocupados viviendo primeras veces e intentando encontrar su propia identidad y su sitio en el mundo.

«¿Qué voy a hacer con mi vida?», se pregunta un chaval. Y enseguida se responde: «No sé». La película no da una respuesta, sino que deja ver que las posibilidades son infinitas, que nadie lo impide. Y no busca darla. Trueba habla de que no pensó un final para esta historia, simplemente siente que la abandonó. Pero no podía ser de otra manera. Ya es bastante haber encontrado a la generación perdida.

Hugo López Sarasa





\* SE ENAMORAN POR PRIMERA VEZ  
- CANDELA Y SILVIO, PERO TAMBIÉN LOS PROTAGONISTAS DE LA PELÍCULA DE RITA AZEVEDO -



LA MANOS DE PABLO Y RONY SE ROZAN EN EL AUTOBÚS \*\*

